

Semana Santa

Solo se oía la radio y el ruido de la ducha. A esa hora de la mañana los latidos de la calle llegaban cansados al contra frente donde Doña Estela tomaba mate escuchando las noticias. Los nietos ya habían partido hacia la escuela y su hijo se preparaba para ir a trabajar.

Tomás aceptó de paso un amargo que le convidó su vieja. Justo en ese momento, en la radio, el periodista entrevistaba a un sacerdote católico con motivo de la semana santa:

–Por favor, Padre: ¿Podría resumirnos el significado de esta semana tan importante para los católicos? –Nótese que lo llama Padre, a pesar del mandato evangélico que dice “a nadie llamaréis padre, ya que vuestro único padre es el que está en cielo”. En fin, misterio de las religiones resumido por la sabiduría popular en el famoso “Haz lo que yo digo, pero no lo que yo hago”.

–Con mucho gusto –respondió el entrevistado–. El significado de esta semana es la reconciliación del Padre con sus hijos a partir de la muerte de su Hijo –sentenció el sacerdote haciendo gala de profundidad y brevedad.

Tomás tomó el mate que le cebó su madre y se quedó pensativo. *Padres, hijos, reconciliación, muerte... qué ensalada tan macabra,* pensó para sí. *¿Por qué para reconciliarse con los hijos tiene que matar al hijo?*

–Mamá, ¿qué es la Semana Santa para vos?

Su madre no se sorprendió, su hijo muchas veces le hacía preguntas obvias, de las que todo el mundo sabe la respuesta. Ella creía que en

verdad era una prueba para ver si ya estaba perdiendo la memoria, así que se esmeraba para contestar con la mayor precisión posible.

–Es la muerte y resurrección de Cristo, hijo. Empieza el domingo de Ramos y termina el domingo de Pascua. –Recibe el mate vacío que le devuelve su hijo– ¿Cuántas veces fuiste conmigo con los ramitos de olivos?

–Muchas, mami.

–Bueno, ahí entra Jesús en Jerusalén. Después, ya sabés, lo aprisionan y lo matan.

–¿Por qué lo matan?

–Bueno, él predicaba el amor. Pero los judíos eran de otra religión y querían seguir siendo de su religión, así que, por eso, lo mataron. No querían aceptar la religión verdadera.

–O sea, los judíos no querían el amor.

–Y, parece que no, no sé. Fijate ahora como matan a los Palestinos, se nota que nunca les gustó lo del amor.

–Bueno, si es por eso, los norteamericanos matan a mucha más gente en todas las guerras que se meten o que, casi siempre, empiezan.

–Pero ellos no son católicos, son protestantes, hijo.

–¿Y los españoles, entonces? Ellos son católicos y participan con Estados Unidos de los bombardeos en Siria y en Medio Oriente.

–Bueno, yo no sé tanto; eso tenés que saber vos que sos profesor.

–No soy profesor, mami.

–Bueno, pero estudiastes.

–Gracias, mami; vos sos mi profesora. –Le devuelve el segundo mate, le da un beso en la frente y se despide –. Me voy a laburar, en un rato llega Esther y hace de comer.

* * *

Tomás trabajaba en una editorial especializada en libros y revistas de economía y ciencias sociales. Entró cuando era un promisorio estudiante de Ciencias de la Comunicación, pero no le duró mucho el entusiasmo por esa carrera; rápidamente se pasó a Sociología entendiendo que eso era lo que realmente quería estudiar. Pero tampoco avanzó decididamente en su nueva elección: a sus treinta y cinco años pensaba que quizás lo que debería haber estudiado desde el principio era Filosofía.

En fin, mientras todo eso ocurría, aprendió aceptablemente el trabajo de corrector y, en algunas oportunidades, le habían aceptado alguna reseña para la RNS -Revista Nacional de Sociología- que intentaba hacerse un lugarcito dentro las lecturas especializadas en el país. Ese día llegó con el firme propósito de escribir sobre la Semana Santa y tentar suerte con el siempre malhumorado editor de la revista.

Corrigió a velocidad meteórica cincuenta páginas de traducciones que debía entregar y, sintiéndose liberado de obligaciones inmediatas, se puso a garabatear sobre la multitud de ideas que le disparó el sacerdote que escuchó a primera hora de la mañana por la radio. “El significado de esta semana es la reconciliación del Padre con sus hijos a partir de la muerte de su Hijo”, seguía resonando en sus oídos.

Ese cura, llamado padre, también de alguna manera había sacrificado a su hijo, o a sus hijos: nunca los tendría. Para los que no saben, un religioso católico hace tres votos para pertenecer al grupo reducido de

los sacerdotes: pobreza, obediencia y castidad. Pero una cosa es no tener hijos y otra es tenerlo y hacerlo matar. Y, lo más curioso de todo, ¿cómo se relacionaría la privación del hijo con la salvación del género humano?

Tomás comenzó a escribir, sin tiempo para hacer un plan o una lista de temas que entrarían en su artículo. La urgencia sólo permitió que a través de sus dedos se comenzaran a derramar los pensamientos que se agolpaban en su cabeza: "La idea de padres e hijos que se matan entre sí parece ser una de las fantasías más arraigadas en la experiencia humana, desde el mítico *Tótem y Tabú* donde los hijos se reconcilian matando al padre, hasta el Gólgota, donde el padre se reconcilia matando al hijo". Esa fue la primera frase que apareció en la pantalla de su computadora. La releyó con detenimiento y le gustó. *Buen comienzo*, pensó para sí.

"La muerte aparece así como una práctica que permite cancelar las faltas cometidas. Enmienda, en primer lugar, el pecado original, pecado de soberbia si los hay, que es querer saber tanto como el Padre. También repara la ruptura del contrato natural, donde el macho adulto aniquila a su futura competencia y ésta se rebela". Esa fue la segunda frase que escribió.

Cuando la releyó no quedó tan conforme como con la primera. En verdad, no quedó conforme para nada. Le pareció vaga y poco relacionada con la frase anterior. Lo del macho adulto aniquilando a su futura competencia le gustó, lo aprendió de su veterinario que le recomendó separar al gato padre de las crías machos. Le había parecido una excelente explicación del asesinato mítico que describe Freud; *la rebelión de los cachorros*, buen título para una novela, pensó. ¿Pero qué tenía que ver el pecado original con la matanza entre padres e hijos? Eso no era tan evidente.

Pero más allá de esos destellos de originalidad –pocos, por cierto– el segundo párrafo no se sostenía. Era necesario reemplazarlo, y así nació el segundo segundo párrafo.

“Pero no se trata sólo de matar, sino también de comer el cuerpo muerto. El padre o el hijo asesinados se reintegran en forma de alimento para el resto de los mortales. Esta práctica caníbal se expresa tanto en la comida ritual –como bien sabían los doce apóstoles de Sierra Chica– o en la eucaristía, donde el próximo asesinado convida a sus apóstoles a comer su carne y beber su sangre. Nada de ‘recuerden mis enseñanzas’, o ‘llévenme en su corazón’, nada de eso: cómanme y beban mi sangre”.

Esto ya es otra cosa, pensó Tomás. ¿Todos se acordarán de lo de la cárcel de Sierra Chica? ¿Presos que no se plegaron a la rebelión y desaparecieron definitivamente, quizás cocinados en los hornos el pena? La última cena es mucho más conocida –se afirmó a sí mismo–.

Si bien este segundo segundo párrafo le parecía más aceptable, tuvo conciencia de que de ninguna manera podía ser el segundo. Quizás, avanzando en el artículo, podría ser el quinto, o el sexto. Así que se dispuso a escribir su tercer segundo párrafo.

“¿Por qué la muerte tiene una función redentora? ¿Es sólo una escala creciente en el tipo de sacrificio: la paloma, el cordero, el ser humano? ¿O esconde una dialéctica donde la vida sólo se afirma en relación con la muerte? Pero en la tradición judía Dios no había necesitado de ese tipo de sacrificio ni para hacer pacto con Abraham, ni con Isaac ni con Jacob. ¿Por qué ahora? ¿O se trata de una escenificación de la impotencia de ese creador que no está satisfecho con sus creaturas ni con sus pactos anteriores?”

¡Qué bien!, se dijo a sí mismo. Su tercer segundo párrafo sí podía ser el segundo párrafo de su incipiente artículo. El tema estaba bien

enfocado: muerte y reconciliación. Entre esos dos polos se movía la explicación del cura de la radio. Tuvo que morir el hijo para que el padre se pudiera reconciliar con los hijos.

Los dedos de Tomás ya estaban calientes y siguió tecleando: “La muerte no es la derrota, es el precio que hay que pagar después de la derrota, los ‘gastos de guerra’. La derrota fue la expulsión de Adán y Eva del paraíso o la tortura sin fin de Prometeo. Parece abrirse así, en Occidente, el espacio de la culpa y de la disculpa por la creación de la cultura, por el acceso al conocimiento y por la conquista del fuego. Quizás esta era la profunda sabiduría que quería compartir Kierkegaard”.

Lo releyó y su tercer párrafo le pareció aceptable, pero le surgió un escrúpulo: ¿es que él había leído tanto a Kierkegaard como para mencionarlo con propiedad?

Lo que le pareció un hallazgo fue relacionar la expulsión de Adán y Eva del paraíso con el castigo impuesto por Zeus a Prometeo, siempre lo creativo había sido su lado más fuerte. Además, le gustó que quedara claro que Prometeo era mucho más digno que Adán ya que, perdido, no mariconea echándole la culpa a la mujer.

¿Cuántos párrafos contendrá un artículo? Rápidamente abrió los dos últimos artículos que había corregido: uno incluía veintiocho párrafos y el otro cincuenta y cuatro. Parece que en materia de artículos la cantidad de párrafos es muy variable. Tomás, con mucho trabajo, había completado tres. *Es un comienzo*, se dio ánimos.

Creía tener idea de la dificultad que enfrentaba: no había definido una idea clara para organizar lo que quería decir. Comprendía que matar a uno para reconciliarse con otros requiere, demanda, una explicación. Pero, ¿cuál era la explicación que él le quería dar? Mientras no supiera eso, iba a ser muy difícil avanzar. Después de la primera explosión de

ideas se hizo evidente la necesidad de un plan para exponer, o mejor dicho descubrir, lo que quería decir.

* * *

–Mamá, ¿por qué Jesús tenía que morir para que nos reconciliáramos con Dios?

–¿Cómo es eso?

–¿No te acordás de lo que dijo el cura ayer a la mañana en la radio?: “La semana santa es la reconciliación del Padre con sus hijos a partir de la muerte de su Hijo”.

–¿Eso dijo?

–Ajá.

–¿Por qué no le preguntás al Padre Eduardo? Capaz que él te lo puede explicar.

Tomás comprendió que esta vez su madre no podría ayudarlo. Apenas llegó al trabajo se puso a buscar en internet razones para explicar cómo la muerte de Cristo nos reconcilia con Dios. Hizo una tabla con dos columnas, en la primera colocaba el argumento y reservaba la segunda para agregar sus reflexiones. Así empezó.

La primera explicación que encontró rezaba:

No hay que preguntar por qué muere Cristo ya que no había ninguna otra opción. Todo ya está decidido en la mente de Dios desde toda la eternidad, incluida la muerte de Cristo.

Pero eso no es un argumento, pensó Tomás, sólo afirma que así fue decidido. Y esta vez tenía razón porque, si la explicación de por qué sucedió era que estaba en la mente de Dios, la pregunta inmediata es: ¿y por qué estaba en la mente de Dios? Esa pregunta fue a parar a la segunda columna.

La siguiente explicación proponía:

Cristo muere para mostrar al hombre lo doloroso que es morir por el pecado.

Sería como una comedia ejemplar, miren cómo se sufre, y si sufre así uno que no pecó nunca, imagínense los pecadores. “La muerte como sufrimiento ejemplar”, fue su comentario.

Continuando con su búsqueda encontró la siguiente afirmación:

Lo que muestra la muerte de Cristo es el amor que nos tiene Dios que mandó a morir a su único hijo.

Pero –pensó Tomás sin saber ya qué pensar– ¿por qué fue la muerte de su hijo la manera de mostrarnos su amor? Te quiero tanto que, para que veas, mato a mi propio hijo. Estaba claro para Tomás que esta versión tampoco explicaba el por qué era necesaria dicha muerte. Y así siguió buscando.

Así como con la sangre del cordero se marcaron las casas de los israelitas en Egipto para que Dios no matara a sus hijos, así con la sangre de Cristo se marca a los redimidos por el nuevo testamento.

Sangre, sangre, sangre, –repitió mentalmente Tomás– por todos lados sangre. Después criticamos el nivel de violencia que hay en las películas norteamericanas.

¡Qué Dios tan bestial –se dijo a sí mismo. Colérico, hecha al hombre del paraíso. Iracundo, ahoga toda la humanidad y deja vivo sólo a Noé y su familia. Cuando piensa en reconciliarse con los hombres, sus creaturas, no se le ocurre otra cosa que matar a su hijo.

Esa evidencia lo devolvió a la conversación de la mañana anterior con su madre: la “religión del amor” tenía algunas cosas que explicar. En comparación, ¡qué ingenuidad la que llevaban al pueblo hebreo a sacrificar inocentes palomitas o algún cordero al Todopoderoso! Este era mucho más sanguinario y, sobre todo, mucho más hedonista: no podía pasarse sin el olor de la grasa y la carne asada.

Tomás comprendió que se había desviado un poco de lo que quería decir aquel pacífico sacerdote. Lo imaginaba contando a sus fieles todas esas atrocidades con una sonrisa bonachona y un alma embargada de emoción. O a un cura más campechano afirmando: ¡Putas que hay que ser macho para mandar a la muerte al propio hijo! *Capaz que sin el “puta”, rio para sus adentros.*

De pronto, su búsqueda lo puso de cara a una explicación totalmente distinta a las anteriores:

Con la muerte del cuerpo de Cristo muere el cuerpo del esclavo y, con su resurrección, nace el hombre liberado,

leyó Tomás que decía un tal Dussel hablando de la filosofía de la liberación. *Qué linda interpretación, pensó Tomás, pero qué al pedo que murió entonces. La mayoría de la humanidad sigue siendo esclava, aunque ahora se los llame de otra manera,* terminó su pensamiento.

La búsqueda había resultado infructuosa pero, a fuerza de descartar, encontró finalmente la inspiración que tanto necesitaba: la Semana Santa estaba incluida en la familia de los ritos sacrificiales creados por la humanidad que expresan la creencia de que la muerte es agradable

para los seres, o el ser poderoso, que rige el destino del mundo. Porque, al fin y al cabo, de todo lo que el hombre podría ofrecer a los dioses la vida es, lejos, lo más valioso que posee.

* * *

Después de varios párrafos destinados a ejemplificar la extensión de los sacrificios religiosos que incluían la muerte durante la historia conocida, Tomás volvió a su tema: la Semana Santa.

Pero ya habían madurado mucho sus ideas. Le pareció que la Semana Santa tenía un aspecto que la hacía totalmente distinta a otros rituales de muerte. En el resto de los casos era el hombre el que se privaba de algo como gesto de respeto a Dios, ya sea un ave, otro animal o un ser humano.

En el caso de la Semana Santa, tal como la estaba interpretando Tomás, era Dios el que sacrificaba algo como gesto de respeto al hombre. Se puede cambiar respeto por amor, se puede reemplazar amor por perdón, se puede sustituir perdón por pacto: no es eso lo importante. Lo realmente notable es que, por primera vez, Dios reconoce el poder del hombre.

Éste puede hacer el bien o el mal; Dios le ruega que haga el bien. El hombre puede amar a su vida, a sus seres queridos, a sus bienes; Dios le ruega que lo ame a él. “Las interpretaciones de la Semana Santa están, en este punto, totalmente erradas:” –siguió escribiendo Tomás – “no se trata de un gesto de salvación ni de redención, se trata de un conmovedor gesto de humildad”.

Lástima el final, pensó Tomás. Efectivamente, anticipando todos los finales de Hollywood, lo que termina mal termina bien. Porque lo de la resurrección estropea definitivamente el gesto divino: alguien que mata a su hijo sabiendo que es de mentirita ya que luego le puede

devolver la vida, resucitándolo; eso ya no parece tan serio ni tan macho.

Pobre Dios, no pudo soportar la muerte de su hijo; debería aprender del padre cuyo hijo se muere de desnutrición, o de aquel que recibe una felicitación porque el suyo murió en una guerra, o del otro que se entera que la naturaleza organizó a su hijo de una manera tal que no podrá llegar a adulto.

Es que ese Dios era Padre. En esa parte de la historia hubiera hecho falta una Eowyn, como la de *El Señor de los anillos*, que sacara su espada diciendo “yo no soy un hombre viviente...” y matara al Rey Brujo. Pero no, en el occidente cristiano las únicas diosas están siempre más cerca de la pornografía que de los altares.

* * *

Cuando terminó de leer lo que le pasó Tomás, el editor se rascó la cabeza. El lenguaje dejaba bastante que desear, no era justamente un ejemplo de escritura académica. Pero debía reconocer que había cierta chispa, cierta manera de enlazar temas aparentemente disímiles que tenía algún valor. *Si ese muchacho estudiara...* se descubrió pensando, justo él, que era Editor en Jefe con un título de la escuela media.

Cuando Anabella le dijo a Tomás que el jefe lo quería ver, se le aceleró el corazón. *¿Siempre seré una criatura esperando la aprobación de los demás?*, pensó insatisfecho de sí mismo. Pero la realidad era esa, *nunca es triste la verdad*, se dijo y fue para su oficina.

–¿Me llamaba, jefe?

–Sí, por el texto que me pasaste.

–Diga jefe. ¿Le gustó? ¿Se podrá publicar como artículo?

El Editor en Jefe lo miró. No estaba seguro de querer compartir con Tomás las sensaciones estéticas que le produjo su escrito, la mayoría de ellas deplorables. Quería intentar dar algo de orientación a aquel muchacho... ¿talentoso?, ¿imaginativo?

–Mirá, Tomás, lo que me pasaste no es aún un artículo, son unas ideas un tanto sueltas. Tenés que trabajar mucho en esas ideas para transformarlas en un artículo. Algunas cosas...

Tomás entendió que se venía el sermón, pero también sabía que no había manera de evitarlo. Si el editor no estaba conforme con su artículo, nunca se iba a publicar. Mejor escuchaba lo que tenía para decirle.

–...tenés que darle una categoría a lo que nombrás, no pueden aparecer mezcladas teorías, hechos históricos, títulos de libros, personajes reales y personajes ficticios porque...

–No, espere un momento jefe, esa es mi manera de escribir. Yo juego con el valor ambiguo de las palabras. Las palabras son todas iguales: pueden ocupar un lugar comprensible en el relato tanto si se refieren a un personaje histórico o a un personaje inventado. Es el lector el que interpreta y asigna valor de verdad al texto cuando...

El Editor en Jefe se tomó unos segundos para analizar sus emociones. La más fuerte de ellas le gritaba en su cabeza *¡qué imbécil este tipo!* Otras lo hacían sentir algo culpable, ¿cómo alguien que hacía tantos años trabajaba en la editorial creía en esas cosas? La tercera era autoincriminante: ¿qué hacía él manteniendo esa conversación con todo el trabajo atrasado que tenía? Pero de nada de eso se enteró Tomás, ya que la escueta respuesta, sin dejarlo terminar de hablar, fue:

–Eso es literatura.

–¡Todo es literatura! –dijo con entusiasmo Tomás.

–Sí, pero esta editorial publica textos de ciencias sociales y de economía. Podés llevar tu artículo a alguna editorial que publique literatura.

Tomás entendió que había metido la pata, así que puso en juego todo lo que la sobrevivencia en la empresa le había enseñado en esos años:

–Tiene razón jefe, dígame qué más quiere que revise del artículo. Yo quiero aprender.

Esa era la fórmula mágica con el Editor en Jefe. Él, que casi no había tenido maestros, era un maestro para los demás. No era sólo el reconocimiento de su autoridad, un vano ejercicio de poder, era mucho más que eso: era el sentido de realización de su vida, el enseñar estaba en el centro de su sistema de placer.

–Entonces, cuando la expresión puede ser ambigua, por favor, le das la categoría que corresponda con la cita correspondiente. Citás y listo.

–Ok, entendido.

–Además, no ponés “tele” sino “televisión”, no escribís “OK” sino “está bien” o lo que corresponda.

–Sí, claro.

–No hacés juegos de palabras traídos de los pelos, como “expiar” y “espiar”, “sacrificio” y “maleficio” y así de seguido, ¿entendido?

–Sí jefe.

-Bueno, en un mes quiero ver tu artículo de nuevo.

-Pero... pero, jefe, ahora viene la Semana Santa, en un mes el tema ya es otro...

El Editor en Jefe sonrió por primera vez en toda la conversación:

-Tomás, la Semana Santa... viene todos los años.